



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



29 de junio de 1889



Núm. 87



EL HUÉSPED BIENVENIDO



## UN RATO DE CHARLA



RACIAS sean dadas á Dios, se ha verificado con el mayor fausto, el más ardiente entusiasmo y la más completa armonía la coronación de nuestro gran poeta nacional. Nuestra generación podrá decir que ha llevado á cabo una obra justiciera. Yo estoy satisfechísimo de lo hecho: en primer lugar por Zorrilla y en segundo lugar por nuestra patria que, honrando al poeta más popular y verdadero de esta centuria, ha demostrado no ser ingrata, ni tonta.

Yo no veo, aparte de este, otro escritor *coronable* en nuestro *abundoso* Parnaso: Zorrilla es tan grande y robusto que á su lado los demás parecen entecos. Además, ha sido desinteresado, modesto: no ha sido nunca gobernador, consejero de Estado, ni diputado á Cortes. No se le puede odiar, pues.

¡Ah! Cuando yo pienso que A., poetrasto de mala muerte, se está chupando la gran breva, con cargo al presupuesto; que B., poeta archirridículo, saborea con deleite un crecido sueldo y es tenido por hombre influente en la política; que C., vate mamarrachesco, se da, y puede darse, un tono como pocos; que D., un cretino, goza de un predicamento absurdo; que E., un fabricante de ripios, brilla en congresos, academias y oficinas; que F... Pero acabaría con todas las letras del alfabeto. Decía, pues, que cuando veo á tanto mal poeta, á tanto escritor malo, á tanto pedante insufrible darse la gran vida, me parece poco aún la coronación de Zorrilla. Relativamente no sé yo qué merecería: la erección de una catedral, la concesión de un sueldo de dos millones de duros, el título de príncipe, la presidencia honoraria de casi todas las academias...

Yo admiro tanto más á Zorrilla en cuanto hay pocas naciones más pobres que España (ahora y siempre) en punto á poetas. ¿Os extraña lo que digo? Pues es la verdad. Ya veréis.

Tenemos incomparables poetas místicos: San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, aquellos anónimos autores de versos ascéticos que ponen los pelos de punta. No hablemos de nuestros dramáticos, porque aquello no lo tiene nadie. Pero reconozcamos ahora que carecemos de *grandes* poetas *profanos*: buscadme un Dante, un Ariosto, un Tasso, un Milton, un Goethe, un Byron, un Shelley, un Camoens, y no los encontraréis. Nuestros vates del siglo de oro resientense de un insufrible dejo italiano.



De mí sé decir que cuando quiero leer versos antiguos no me fijo nunca en Garcilaso, ni en Herrera, ni en Rodrigo Caro, ni en La Torre, ni en los Argensolas, ni en Trillo y Figueroa; sino que me subo hasta el Arcipreste de Hita, ó Gonzálo de Berceo, ó Jorge Manrique, y, sobre todo, el *Romancero*, y me encuentro con verdaderos poetas españoles, el último de los



El potro y el gato

cuales bien puede decirse que fué Cristóbal del Castillejo, contemporáneo del autor de la égloga de *Salicio y Nemoroso*.

Llega el siglo XVIII, y en lugar de versos hispanoitalianos se nos vienen con poesías de corte francés ó neoclásico: yo les doy un millón de gracias á los melencidos románticos por habernos librado de aquella plaga de imitadores de Grecourt ó del abate Delille y haber resucitado la verdadera poesía española con los romances. Y ¿quién disputará á Zorrilla la gloria de haber sido el primero de nuestros poetas romanceadores?

Pero no sólo eso: aparte de sus romances, Zorrilla ha sido el poeta de las décimas, las redondillas y de cuanto es español castizo; ha sido un



rimador asombroso, ha cincelado las estrofas como un lapidario, ha ensanchado el diccionario poético, ha *creado* un estilo y ha ennoblecido la poesía popular. Original más que ningún otro, aparece más indígena que Espronceda, su único rival, por más que el buen Zorrilla proteste de tal rivalidad colocándose (asi lo cree él) por debajo del autor de *El Diablo Mundo*.

Yo no negaré, claro está, que Baltasar del Alcázar nos ha dejado algunas lindas cosas; que Góngora escribió buenos romances, lo mismo que Quevedo; que los tercetos de Rioja y la oda de Rodrigo Caro son hermosas composiciones; pero .. relativamente. Gran teatro, grandes noveladores, grandes historiadores,—más que nadie los de Indias: Gómara, Cieza, Zárate, Herrera;—grandes místicos, grandes teólogos; pero, en materia de poetas... *nequaquam*. Confiésoos con rubor que daría por un ochavo todo el bagaje de los Argensolas, excepto uno ó dos sonetos.

Ello es que hasta llegar á este siglo no creo que hayamos tenido un gran poeta, que es Zorrilla, y muchos otros, si no de su talla, á lo menos *mejores*, á mi entender, que los pasados; verbigracia, Espronceda; un tal D. Manuel de Cabanyes, que de seguro es desconocido para la mayoría de mis lectores; el pobre Bécquer; el Campoamor de las *Doloras*; el dulce Selgas; el discutido Grilo.

Hoy, triste es confesarlo, apenas si pasan de media docena los poetas tolerables. Hablo de los castellanos, pues fuera de Castilla no puede dearse más que tener un Llorente, un Curros, una Rosalía de Castro ó un Verdaguer.

Siempre vuestro

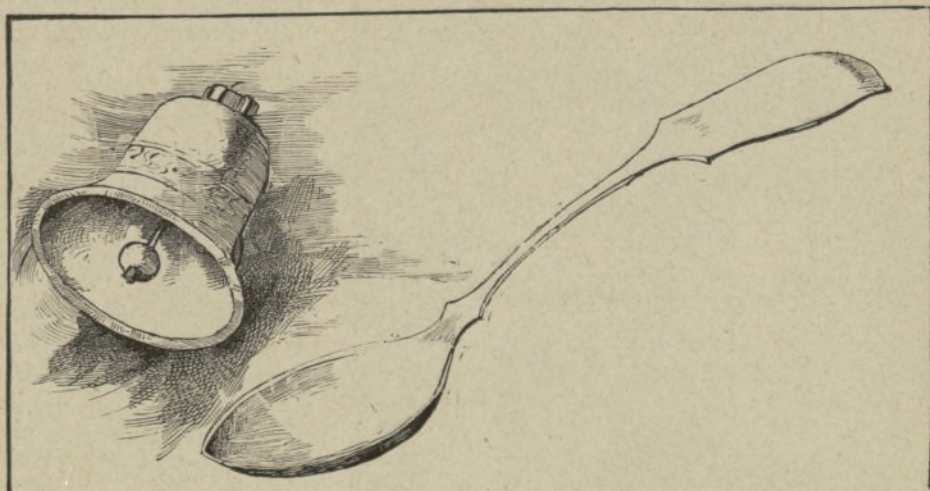
ANTOÑITO





## LAS HOGUERAS DE SAN JUAN

**A**NTES que de las fogatas os diré algunas palabras sobre San Juan. Está muy extendida entre el vulgo (y entre lo que no presume de vulgo también) la creencia de que el Bautista, cuya fiesta celebra la Iglesia anualmente el 24 de junio, era primo del Salvador; y tan generalizada está esta idea, que así la acogen como verídica católicos é indiferentes, admitiéndola algunos con la mejor candidez, otros por no tomarse la molestia de discurrir, y todos por evidente ignorancia. Hasta en un diario católico



Las campanas de Colonia

leí un día una reseña del Bautista en la cual se aseguraba que era hijo de Santa Elisabeth, hermana de María. Nada más erróneo ni equivocado, sin embargo. San Juan Bautista fué el precursor, el que vino á anunciar el nacimiento del Hijo del Hombre, el que lo bautizó en el Jordán y murió decapitado por orden de Herodes. El primo del Salvador fué San Juan apóstol y evangelista, el cual murió muchísimos años después de haber muerto el Hijo de María y de haber escrito su famoso *Apocalipsis*, nota de oro de sus sublimes evangelios. No cabe, pues, comparación, ni menos equivocación, entre las respectivas personalidades del Bautista y del discípulo amado del Señor. Sólo pueden confundirse desconociendo las más rudimentarias nociones de historia y de religión, que hasta las personas menos instruídas tienen el deber de conocer.

Aclarada la verdadera personalidad del Bautista, vamos al tema de este escrito.

La costumbre de encender fogatas la víspera de San Juan se remonta á tiempos tan remotos que es más que imposible precisar con la debida exactitud su origen.

Se supone que es un recuerdo del incendio de Roma, que, según Plutarco,



acaeció por el solsticio de verano; pero es indudable que es más remota su antigüedad, ya que, según algunos historiadores, antes del incendio de Roma en diversos pueblos de Oriente, en el instante del solsticio del estío, se encendían hogueras para purificar el aire y obtener de las divinidades abundante cosecha de frutos en la tierra.

Alrededor de enormes fogatas danzabase ejecutando ciertas pantomimas. Los más ágiles y atrevidos saltaban de una á otra parte á través de las llamas (como se hace aún entre nosotros), suponiéndolo como remedio eficaz para evitar determinadas enfermedades. En cuanto las hogueras comenzaban á extinguirse, los espectadores recogían con gran cuidado tizones encendidos, que guardaban como un amuleto y con cuyas cenizas componían una especie de agua lustral que creían propicia para conjurar toda suerte de males y ponerse á cubierto de los

rayos, al igual que hacemos nosotros con los ramos de palma, cirios del monumento, campanillas de la casa de Loreto, relicarios, etc., etc.

Las cenizas que quedaban de las hogueras eran arrojadas al viento para prevenir otras calamidades.

Algunos siglos después, cuando el solsticio de verano no señalaba ya la entrada del año, continuó todavía la costumbre de encender hogueras como una reminiscencia de aquella antigua práctica. Fué ésta una de las prácticas que, á pesar de su oposición á las supersticiones, toleró el emperador Constantino como un recurso de expansión y recreo de los pueblos.

Asimismo la religión cristiana no tan sólo toleró, sino que hasta consagró la práctica de encender fogatas, dándoles el nombre de *fuegos de San Juan* por coincidir con la fiesta del santo.



Las campanas de Colonia



En su celebración se distinguían particularmente algunas corporaciones religiosas.

Plantábase al efecto un gran árbol en el centro de la plaza de los pueblos, delante de algún convento, palacio, castillo feudal, ó en lo alto de algún cerro, amontonándose en derredor del árbol gran cantidad de combustibles.

Adornábase además aquella enorme pira con guiraldas y banderolas, poniendo en algunas una gran rueda de carro como símbolo y representación del disco solar. Entrada la noche, iba la municipalidad, en cuerpo y de gran ceremonia en algunos distritos, en otros el señor feudal del pueblo ó su delegado, y en algunos el cabildo eclesiástico ó una comunidad religiosa en procesión y cantando las letanías y otras preces, á pegar fuego con los cirios benditos al *árbol de San Juan*, cuyo acto se ve reproducido en algunos bajos relieves de alguna catedral.

En el día los fuegos de San Juan son tan sólo una reminiscencia de lo que fueron. Quedan reducidos á ligeras fogatas, que en las ciudades se apagan apenas la gente se echa á la calle para respirar el aire fresco de la noche y disfrutar de la extraordinaria animación que reina en sus paseos y sitios más concurridos.

Luego, al retirarse á casa, algún joven inexperto probará la suerte de los *papelitos* ó la del huevo; al otro día se encontrará con el *barco*, siempre el *barco*; y ello es que *sale* aun cuando la prueba se haga en el rigor del invierno. Los santos no pueden engañarnos respecto á nuestro destino. Nuestra existencia transcurre dentro de un mar sin orillas: el *barco* nos es, pues, indispensable para navegar por él.

TRINIDAD DE LA ROSA.





## LA HUCHA

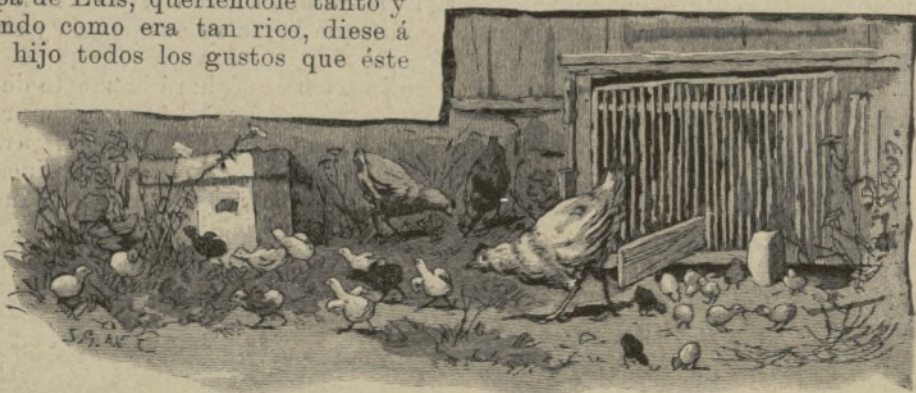
(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Luis y Julián eran, poco más ó menos, de la misma edad; ambos iban al mismo colegio y estudiaban las mismas asignaturas.

A los pocos meses de conocerse eran amigos íntimos, amigos con esa amistad única verdadera que nace en la infancia y dura toda la vida.

El padre de Luis era banquero, uno de los más fuertes capitalistas del principado; y Luis su hijo único, su solo amor en la tierra, pues su madre había muerto cuando apenas tenía Luis tres años.

Es disculpable, pues, que el papá de Luis, queriéndole tanto y siendo como era tan rico, diese á su hijo todos los gustos que éste



La madre de los pollos

quería y á lo que se hacía acreedor; pues aunque revoltoso, como todos los niños, era muy inteligente y de nobles y honrados sentimientos.

El papá de Julián, hijo del trabajo, había llegado, á fuerza de laboriosidad, constancia y economía, á verse dueño de uno de los principales talleres de encuadernación de Barcelona, y, deseando hacer de su hijo un honrado y rico comerciante á la vez que un hombre instruido, quiso que, al mismo tiempo que estudiaba una carrera, aprendiese el oficio de encuadernador en los ratos que el estudio le dejaba libre; porque, como él decía con mucha razón, «el saber no ocupa lugar.»

A fin de estimular á su hijo, le dijo un día:

—Mira, Julián: como, al trabajar en el oficio, dejas alguna utilidad á la casa, es muy justo que tú recibas también alguna recompensa, y, por lo tanto, todas las semanas ganarás cierta cantidad, que irá en aumento á medida que tú adelantes en la encuadernación. Mas como quiera que todas tus necesidades están satisfechas y cumplidos todos tus gustos, he pensado comprarte una hucha, en la que irás echando el producto de tu trabajo, á fin de que andando el tiempo puedas, al sumar tus economías, tener idea de lo que vale el ahorro.

Pasaron muchos años después de esta conversación. Luis y Julián se separaron al empezar estudios mayores, yéndose Luis á Madrid, mientras Julián



quedaba en Barcelona; y, como es consiguiente, su amistad se fué enfriando, hasta que dejaron completamente de saber el uno del otro.

Por aquella época los padres de Julián habían ya muerto, y, al frente éste de sus negocios, marchaban viento en popa, hasta el punto de que lo que sólo fué al principio taller de encuadernación, fué además imprenta después; finalmente se convirtió en una de las principales casas editoriales y librerías de Barcelona.

Una noche en que Julián se retiraba, á las diez, del café á que habitualmente concurría, vióse detenido por un joven, andrajoso, pálido y demacrado, que con acento trémulo y vergonzoso le pedía una limosna.

—¡Luis!—exclamó Julián, reconociendo, á la luz de un farol, á su amigo de la infancia.

—¡Julián!  
¡Amigo



La madre de los pollos

mío! ¡Yo soy!—replicó Luis, prorrumpiendo en lágrimas, al reconocer, á su vez, á aquél.

—Ven conmigo, ven á mi casa. Cenaremos juntos y me contarás por qué serie de vicisitudes te encuentro en esta situación.

Echaron á andar los dos amigos, y pocos momentos después, al lado de un buen fuego y de una buena mesa, comenzó Luis su relato de esta forma:

—Mi historia es breve. Cuando nos separamos me fuí á Madrid, y allí, en vez de estudiar, me dediqué á gastar locamente las gruesas sumas que mi padre me remitía. Murió éste, y me encontré joven, sin carrera y dueño de una cuantiosa fortuna. Como comprenderás, siendo rico me vi asediado literalmente de amigos, y tan buenas trazas se dieron éstos para gastar mis bienes, y yo tan malas para administrarlos, que en muy poco tiempo me vi arruina-



do, lleno de desengaños y solo, abandonado de todos, pues sabido es que del pobre todos huyen, siendo sus primeros enemigos los que en épocas mejores ayudáronle á derrochar su fortuna.

En tal situación me acordé de ti y vine á Barcelona, esperando que tú me ayudarías. Pero, aunque hace más de un mes que estoy aquí, no me he atrevido, por vergüenza, á presentarme; y si hoy me he acercado á pedirte una limosna, único recurso á que ya he quedado reducido, fué porque al pronto no te conocí.

—¡Pobre Luis!—exclamó Julián enternecido.—Afortunadamente tus tiempos

de prueba han pasado, y aun tienes edad para crearte una honrada fortuna. El estado de mis negocios es tan floreciente que precisamente ahora pensaba en establecer en la América del Sur, en Buenos Aires, un corresponsal; y no lo he verificado ya por no haber encontrado persona de suficiente confianza. Llegas, pues, á buen tiempo: serás mi socio, me representarás en toda la América, y yo espero que, aleccionado por la desgracia, serás laborioso y económico, puesto que honrado lo has sido siempre; y conseguirás en breve plazo crearte una posición independiente y desahogada. Entretanto espera un momento.

Y, diciendo esto, salió Julián de la habitación, volviendo á los pocos instantes con una caja de madera que depositó respetuosamente sobre la mesa.

—Ya tú sabes, Luis, que mi buen padre, á la vez que me costaba una carrera, quiso que yo aprendiera el oficio. Tampoco ignoras que las cantidades que en la encuadernación ganaba íbalas echando semanalmente, por consejo de mi padre, en esta hucha que mandó hacer al objeto y cuya llave guardaba él.

Horas antes de su muerte me llamó y me dijo:—Julián, voy á morir; pero muero tranquilo, pues he cumplido bien mi misión en la tierra, y te dejo, al abandonar este mundo, rico, honrado, instruido y laborioso. Toma la llave de tu hucha y júrame no tocar á su contenido á menos que te vieras en una extrema necesidad ó la ocasión se te presentara de aliviar una gran miseria. Al aconsejarte guardaras en la hucha tu dinero, fué únicamente para inspirarte hábitos de economía; pues yo esperaba, como así ha sucedido, dejarte, al morir, una fortuna, sin que tuvieras para nada necesidad del contenido de tu hucha.

—Ahora bien,—prosiguió Julián;—ha llegado el momento de cumplir la postrera voluntad de mi padre. Tú, querido Luis, representas una *gran miseria* que puedo remediar: este dinero es tuyo.

Y, abriendo la caja, volcóla sobre la mesa.



La niña india



—¡Julián! ¡Querido Julián!—exclamó Luis arrojándose en brazos de su amigo con los ojos arrasados en lágrimas.

—Vaya, vaya,—dijo éste;—eso no vale la pena, Luis. Por otra parte, como vas á ser mi socio, tenía de todos modos que anticiparte algún dinero á fin de que pudieras presentarte digno de la casa que vas á representar, que, mejor dicho, representas desde este momento.

Han trascurrido ocho años: la casa



Blanca y negra

Gutiérrez y Compañía, de Barcelona y Buenos Aires, es una de las más ricas y acreditadas del mundo, y D. Luis González uno de los hombres más ricos y estimados de Buenos Aires por su honradez y laboriosidad.

En la sala principal de su casa, sobre un precioso pedestal de maderas finas, se ve la hucha de Julián, en la que se encierran tres mil pesetas, cantidad igual á la que Julián ganó con su trabajo y que tan generosamente regaló á su amigo.

—Le debo esta suma á la Providencia,—dice Luis frecuentemente,—y la conservo en sagrado depósito hasta el día en que un desgraciado, como yo lo fuí, venga á reclamármela.

VENTURA MAYORGA

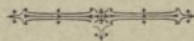




La hora de retiro



## UNA MADRE Á SU HIJO



La alborada tiende  
sus fecundos rayos,  
se matizan los bosques, campiñas  
laderas y prados.

Las flores se abren,  
gorjean los pájaros,  
y sonríen amores los cielos  
con vivos encantos.

Hermoso, hijo mío,  
magnífico cuadro;  
pero es más... si me miran tus ojos  
y ríen tus labios.

Pues parece entonces  
que se abre el espacio,  
se abrillanta, é inundan mi pecho  
los gozos más altos.

EZEQUIEL SOLANA



## \* NUESTROS GRABADOS \*

## EL HUÉSPED BIENVENIDO

Cierto día un labrador que habitaba en el lindero de un bosque vió un colorín que se posaba en el alféizar de la ventana y que, mirando á todos lados, parecía deseoso de entrar, acosado, sin duda, por el riguroso frío del invierno. El dueño abrió la ventana y permitió á la tierna avecilla penetrar en la habitación.

El colorín, acosado por el hambre, comenzó á recoger muy pronto las migas de pan que encontraba por el suelo. Los niños Paco y Concha eran muy aficionados á los pájaros y quisieron cuidar de su inofensivo huésped: pusieronle en una jaula, y durante todo el invierno no le faltó nunca de comer y beber. Sin embargo, llegada la primavera, cuando ya comenzaban á reverdecer los árboles, el colorín se mostró inquieto en su prisión, y entonces el labrador abrió la ventana y dejó salir generosamente á su alado huésped. El colorín voló hacia el bosque, trinando alegremente, y se perdió entre la espesura.

Sin embargo, cuando se dejaron sentir de nuevo los fríos del invierno y los campos se cubrieron de nieve, el colorín volvió; pero esta vez no iba solo, sino que le acompañaba su macho. El labrador y sus hijos recibieron á las avecillas con trasportes de contento, y, al observar como brillaban sus ojos, Paco y Concha exclamaron:

—Mirad: no parece sino que quieran decirnos algo.

—Si pudieran hablar,—les contestó su padre,—dirían: «—Confiamos en vosotros que nos trataréis con bondad: nos amasteis y os amamos.»

## EL POTRO Y EL GATO

*Dandy* es el nombre de un gracioso potro, comprado para que lo monte el lindo Alfredo. En la cuadra destinada al caballito suele estar siempre un gato, al que han puesto por nombre *Dot*, y que parece haberse encariñado mucho con *Dandy*, pues todos los días, cuando le preparan, á la hora de montarle Alfredo, salta sobre la silla, cual si quisiera acompañar también al caballo, al que no parece inquietar el atrevimiento de *Dot*; pero éste vuelve á la cuadra apenas llega su joven amo, y espera allí la vuelta de su compañero.

Aquellos dos animales, á pesar de ser de condiciones tan opuestas y especies tan distintas, parecen profesarse el mayor cariño, y al verles creeríase que no pueden estar el uno sin el otro. El hecho es tan extraño que llama la atención no solamente de los amos, sino también de toda la vecindad.

## LAS CAMPANAS DE COLONIA

La bella Elisa estaba sola, y preguntábase qué podría hacer para no aburrirse, cuando de pronto entró la señora Clotilde, amiga de su mamá, y, al saber que la niña deseaba hacer algo para entretenerse, encargóse de distraerla un rato.

—¿Has oído alguna vez las campanas de Colonia?—preguntó á Elisa.

—No sé lo que es eso,—contestó la niña;—de Colonia no conozco más que la catedral por haber visto un dibujo en el álbum de mi papá.

La señora Clotilde fué á la cocina, volvió á poco con una cuchara de plata, ató en su centro un bramante bastante largo, anudándole en la parte más delgada, y arrolló después las extremidades en los dedos índices de Elisa, invitándola á colocarlos en los oídos, balanceando después la cuchara de modo que la parte más ancha tocara en el borde de la mesa.

La niña obedeció al punto, y, cada vez que el objeto chocaba en la madera, producíase un sonido penetrante, análogo en cierto modo al de una campana, con no poco asombro de la niña, á quien aquello pareció un portento.

Cuando volvió la mamá, temerosa de que su hija se hubiese aburrido, ésta le aseguró que había pasado muy buen rato oyendo las campanas de Colonia, y explicó lo que era, porque la madre no lo sabía tampoco.



## LA MADRE DE LOS POLLOS

Una pollada quedó sin madre á consecuencia de haber caído ésta en el pozo, donde se ahogó. Otra gallina, que también tenía hijuelos, no quiso adoptar á los huérfanos y cuidarlos, y, muy lejos de ello, ahuyentábalos á picotazos apenas se acercaban; de modo que los pobres acabaron por refugiarse en un rincón de la cocina, sin atreverse á salir de allí.

La hija de la casa, la niña Antonieta, compadeciéndose de los pobres pollos, resolvió servirles de madre, y los cuidó tan bien, dándoles de comer cuando lo necesitaban y acomodándolos por la noche en un cesto para que durmieran, que ninguno se murió. Agradecidos los animales, seguían á su joven ama por todas partes y siempre querían dormir sobre su falda, hasta que ya crecieron lo bastante para cuidarse de sí propios.

## LA NIÑA INDIA

—¿Os agradaría,—preguntaba un padre á sus hijas,—vivir donde os fuera posible jugar en el prado ó en el bosque á todas horas, donde no hay invierno, ni hielo, ni nieve? Pues allí habita la niña de que os hablo.

No usa trajes tan ricos como los vuestros, ni adornos de ninguna especie para engalanarse, y á veces ni siquiera usa zapatos. Cuando se los pone, siempre son de colores brillantes, encarnados, verdes ó amarillos. Sin embargo, cuando debe asistir á una fiesta ó á una procesión, la veríais con pulseras en las muñecas, grandes pendientes en forma de anillos, y perlas ó azabaches en el cuello; se cubre la cabeza con un turbante, formado con un simple pañuelo de seda, y sujétale al cabello con broches de oro ó de otro metal. Aunque su piel es oscura, tiene ojos muy brillantes y una dentadura blanquísima.

Los padres de esta joven, esclavos en otro tiempo, viven ahora felices: no han de trabajar para enriquecer á otro, y con poca cosa se contentan. Como el clima es muy cálido en su país, no necesitan mucho fuego, ni apenas gastan en ropa; en los ríos y en el mar pescan lo suficiente para alimentarse; en el bosque hallan sabrosos frutos; y así es que la subsistencia les cuesta muy poco. Lo malo es que estas ventajas les conducen á la ociosidad, y hé aquí por qué la mayor parte de esa gente es muy ignorante. Grato es vivir en un país donde no hace frío; pero debéis preferir el nuestro, porque las escuelas, los libros y las nieves son mejores para vosotras que la pereza, la ignorancia y el excesivo brillo del sol.

## BLANCA Y NEGRA

Cierto día la mamá de Serafina dijo á ésta si quería enseñar sus muñecas á una niña de la vecindad, la cual entró en la habitación pocos momentos después. Al verla, Serafina salió corriendo y como asustada, y fué en busca de su mamá.

—Yo tengo miedo,—le dijo,—porque esa niña es negra.

—También lo es la señora que vive cerca de nosotros,—contestó la madre.

—Sí, pero es una mujer, y yo pensaba que no había niñas negras.

—Pues sí que las hay, y la que ha venido ahora es muy buena y dócil, tanto como una blanca.

Al oír esto, Serafina volvió en busca de su nueva compañera, á quien quiso hacer algunas preguntas antes de enseñarla sus muñecas.

—Yo me llamo Serafina,—le dijo.—¿Cuál es tu nombre?

—Mariquita,—contestó la negra.

—¿Y como es que tienes ese color?

—No lo sé.

—Y ¿no te se quitaría si te lavases bien?

—No lo creo.

—Tal vez con un poco de arena y jabón lo conseguiríamos. ¿Has hecho la prueba alguna vez?

—No me ha ocurrido tal cosa.

—Pues ahora veremos,—repuso Serafina.

Y, corriendo á su cuarto, llenó la cofaina de agua, buscó el jabón, y, después de coger un poco de arena en la cocina, volvió á reunirse con Mariquita.

—Hágamos de nuevo la prueba,—dijole,—voy á ver si puedo dejarte tan blanca como yo lo soy.



La negra, muy intimidada, porque era la primera vez que se le permitía entrar allí, no se atrevió á llorar al principio; pero cuando el jabón se le introdujo en los ojos, y la arena de fregar en la boca, comenzó á gritar con toda su fuerza.

Las madres de ambas niñas subieron presurosas, y al abrir la puerta de la habitación vieron á Serafina con la jofaina en una mano y casi espantada de su obra, pues no había sido su intención hacer daño á la negra. El suelo estaba lleno de agua, y el gato se entretenía en jugar con el jabón.

La mamá explicó á su hija que la piel de Mariquita era naturalmente de aquel color y que no sería posible blanquearla de ningún modo.

Serafina comprendió al fin, y cuando llegó á ser mujer no podía menos de reirse algunas veces al recordar aquel incidente de su niñez.

Este cuento es verdadero.

### LA HORA DE RETIRO

—Los jilgueros han vuelto ya á sus nidos,—dice la madre cariñosamente á su hijo,—las ovejas vuelven á su redil; el sol se acerca á su ocaso, y ya es hora de que tú también vuelvas á casa para entregarte al descanso: los niños buenos se acuestan temprano.

Pero el niño, sin hacer caso de las palabras de su madre, quiere jugar un poco más, y para marcharse pone por condición que le den la manzana que en vano trata de alcanzar alargando el brazo desde la falda de su cariñosa madre.

### CANDIDEZ

—¿En que pensará ésta?—preguntábase una niña que tenía su muñeca entre las manos.



## LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Continuación)

Estaba situado detrás de la casa, cuya anchura ocupaba casi por entero.

Supongo que no pertenecía á la antigua construcción, sino que había sido construido con un objeto ya olvidado. Aunque más moderno que el resto, tenía un aspecto venerable y estaba casi completamente cubierto de yedra, y las ventanas estaban colocadas muy altas en la pared y cubiertas con cortinajes de color carmesí que suavizaban la claridad de la luz. Un gran sillón, colocado en un rincón del taller, formaba todo el mobiliario, y no se veían por todas partes sino vaciados, modelos, caballetes, en los cuales estaban colocados los bocetos de Claudio y dos ó tres cuadros italianos, un paisaje de Claudio de Lorena y una bella cabeza de Madona del Guido, llegada á poder de Claudio por su madre, que era italiana.

Claudio era solo en el mundo. Su padre, que había muerto joven, era artista como él. Su madre, la encantadora hija de un mercader de cuadros italiano, con la cual su padre se había casado en Roma. Claudio se parecía más á los



primeros pintores italianos de quienes he oído hablar que á los de los tiempos modernos. Estaba absorbido en un arte que amaba con el espíritu de entusiasmo y devoción que formaba parte de su naturaleza. En él estaban estrechamente unidas la pintura y la religión, y antes de empezar á pintar se arrodillaba á menudo para orar.

La sencillez grave y tranquila de la ciudad le convenía á pedir de boca.

Mirábale yo cuando salía de su taller, y comprendía á veces, por su aspecto fatigado y pensativo, que su trabajo no le había salido bien. Entonces se dirigía hacia la catedral, y, cuando salía de allí, su rostro tenía la misma expresión de reposo que cuando miraba á Ruth.

Muchas veces, recostado sobre una de las grandes ventanas, le he visto absorbido en su trabajo, mientras que un rayo de sol iluminaba el taller.

A menudo estaba allí Bernardo, y, aunque le hablaba poco, gustábale tenerlo á su lado.

El niño estaba tranquilo y silencioso: ora miraba trabajar á Claudio, ora contemplaba, sin decir nada, copias de antiguos maestros: eran casi siempre figuras de santos un poco rígidas, pero cuya cabeza angélica estaba coronada por una gloriosa aureola.

Bernardo mismo hubiera sido un excelente modelo para el artista.

Había Claudio pasado en Italia una gran parte de su vida, y debía regresar á Roma en otoño. El verano anterior había ido á Inglaterra, y, aunque no hubiese encontrado allí muchos parientes, pronto había cesado de sentirse en país extraño en el país de su padre. Había en la tranquilidad grave de Bernardo algo que le seducía y le calmaba, mientras que la dulce serenidad de Ruth atraía invenciblemente aquella naturaleza móvil é impetuosa.

Hé ahí quiénes fueron mis primeros amigos. Nosotras, los golondrinas,

que nos creíamos obligadas á proteger especialmente á los propietarios del techo bajo el cual se abrigaba nuestro nido, les queríamos mucho, aunque ellos no lo supiesen. ¡Ah! ¡Cuántos que se creen solos en el mundo son amados y protegidos sin que lo echen de ver!

Mientras pasaban las semanas y en la casa se hablaba, se pintaba, y se cantaba, nosotros nos hacíamos grandes y fuertes, y casi nunca estábamos en nuestro nido. Primeramente fuímonos á encastillarnos en el tejado, y mirábamos con un orgullo mezclado de temor la tierra que estaba á nuestros pies. Después, y esto fué un gran paso, volamos con seguridad hasta los árboles, y nuestro padre y nuestra madre no se alejaban nunca mucho: iban y venían, buscando por doquiera moscas para alimentar la tropa de los hambrientos, posados en una rama ó revoloteando por la yerba entre las flores. (Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca. 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA